

El ruiseñor

Como tú sabes, en China el emperador es chino, y todos los que lo rodean son chinos. Hace ya muchos años de esta historia. Por eso es más digna de ser escuchada, antes de que se olvide. El palacio del emperador era el más magnífico del mundo, todo de fina porcelana y tan valioso, pero tan frágil, tan difícil de tocar, que había que tener mucho cuidado. En el jardín se veían las flores más extrañas, y en las más llamativas se colgaban campanitas de plata, que sonaban para que no se pasara al lado de ellas sin admirarlas. Sí, todo estaba muy organizado en el jardín del emperador, era tan extenso que ni el jardinero sabía dónde terminaba. Si se seguía caminando, se llegaba hasta el más maravilloso bosque, con árboles altos y profundos lagos. El bosque llegaba hasta el mar, que era azul







y profundo. Grandes barcos podían llegar hasta debajo de las ramas, y entre ellas vivía un ruiseñor que cantaba con un trino tan bendito que hasta el pescador más pobre, con muchas otras actividades que atender, se quedaba en silencio escuchando, cuando salía por las noches para buscar las redes y cantaba el ruiseñor.

—¡Señor Dios, qué belleza! —decía, y luego se ocupaba de sus cosas y olvidaba al pájaro. Pero la noche siguiente, cuando volvía a cantar y el pescador llegaba hasta allí, repetía:

—¡Señor Dios, qué belleza!

De todos los países del mundo llegaban viajeros hasta la capital del imperio y admiraban el palacio y el jardín, pero cuando oían al ruiseñor, todos exclamaban:

—¡Es lo mejor!

Y los viajeros contaban lo que habían oído cuando regresaban a sus hogares, y los sabios escribían muchos libros sobre la ciudad, el palacio y el jardín, pero no olvidaban al ruiseñor, que ocupaba un lugar más elevado. Los